

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Descrédito y necesidad del sentido

Autor/es:
Pacual, Arturo

Citar como:
Pacual, A. (1999). Descrédito y necesidad del sentido. La madriguera. (19):72-72.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41786>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Descrédito y necesidad del sentido

Finales de agosto, principios de septiembre

Fin août, début septembre

Olivier Assayas

Francia, 1999

Olivier Assayas es un erudito, un hombre de *Cahiers du Cinéma* que ha realizado antes de *Finales de agosto, principios de septiembre* siete largometrajes, ha escrito libros como *Conversación con Ingmar Bergman* (1990) y conoce bien los entresijos de la crítica y la historia del cine. Con este bagaje, cabía esperar de él una obra fecunda en intenciones, un film de construcción compleja; en todo caso, una pieza discursiva en la que la peripecia vital de los protagonistas y la reflexión sobre la estructura del relato se complementasen.

La película hace desfilar en ordenada sucesión todos los temas capitales: dinero, amor, amistad, enfermedad, muerte, duelo, incomunicación, interés, duda, infidelidad, envidia. Sin estridencias, cada secuencia aporta una pincelada significativa al conjun-

to de relaciones que establecen los personajes, inevitablemente parisinos: Gabriel, que se ha separado de Jenny y ahora está con Anne, tiene un amigo escritor, Adrien, gravemente enfermo, quien se divorció de Lucie y ahora ama a la jovencísima Véra. La muerte de Adrien es el eje sobre el cual gira este desapasionado drama. En fin: un sector del cine francés, con Rohmer a la cabeza, no deja profundizar en el aparentemente exangüe costumbrismo, pero a veces, como en este caso, las pequeñas existencias burguesas que constituyen su inagotable y banal fuente de inspiración consiguen apagar nuestra sed.

Assayas elude deliberadamente contarnos una historia con mensaje, proporcionar al espectador una conclusión, ofrecer el sentido completo de su ficción cinematográfica. Prefiere que sus *tranches de vie* discurren sin clímax, que el drama no llegue a formularse salvo en forma de duda, de balbuceo, de enfado momentáneo y sin explicación, tal como se manifiesta en el ámbito de lo cotidiano. Quizás por ello se aproxima a la desaparición de Adrien de una manera indirecta, oblicua, tejiendo un *patchwork* de instantes sustanciales pero no culminantes. En su selección de retazos, la expresiva estética de cámara al hombro y el abrupto montaje de docudrama, a los que Bertolucci ha recurrido recientemente en *Asediada*, le sirven, más que para elaborar un relato, para esquivar un discurso.

Y aquí llegamos al nudo de la cuestión. Olivier Assayas no ha querido construir una narración convencional. El asunto se plantea dentro de la propia película, cuando Gabriel, que va a colaborar en un reportaje sobre su

amigo escritor, habla con el directivo de televisión y éste responde: "Necesitamos un relato"; es decir, una idea precisa, redonda y convincente, acompañada de una lectura única y de una emoción predigerida. En sus reflexiones sobre el film, el director afirma: "No he intentado crear un hilo narrativo, una dramaturgia hecha de acontecimientos, de tensiones, de líneas maestras". En otras palabras, el cine, como afirmaba recientemente Gore Vidal, transmite sensaciones, impresiones, mientras que las ideas son dominio de la literatura. "Su mejor cualidad es su incertidumbre", sentencia alguien al hablar de los libros de Adrien. Aceptada esta limitación (¿?), cabe sacarle el máximo partido. Y Assayas lo consigue aplicando sus torturados encuadres sobre un grupo de magníficos actores, entre los que destaca la múltiple Virginie Ledoyen (Anne).

No obstante, al final de la película, Gabriel ha reunido ya suficientes fragmentos de la existencia de Adrien como para desear escribir su biografía. Aunque lo niegue, Gabriel posee aspiraciones, quiere establecerse, está dispuesto a seguir vampirizando a su amigo muerto como ya hizo mientras estaba vivo. Además, ahora podrá capturar su ser completo sin encontrar resistencia, e inventar lo que falte. En esta historia de descrédito de la narración lineal, de crítica del discurso acabado, de huida de la interpretación *prêt à porter*, los libros de Adrien no son importantes (salvo para Jenny y Jérémie, nueva pareja nacida del interés por administrar su herencia literaria), pero es importante su vida, prolífica en enigmas (como la de cada uno), que a la postre exige ser desvelada, quizás por el menos indicado, por alguien que no le ama lo suficiente o que no le ama de una manera desinteresada. Así, el orden se impone al caos del mismo modo que la escritura se impone a la vida como forma suprema y perversa de ordenamiento.

Arturo Pascual

